

DESARROLLO, INTEGRACION, MODERNIZACION Y DEMOCRATIZACION EN CENTROAMERICA.

Rafael Menjívar Larín *

I

El análisis de los esfuerzos unionistas realizados desde 1839 hasta la década de los años cincuenta del presente siglo dejan, en una primera impresión, un cierto sabor zarathustriano. En algunos momentos históricos, parecería que se producen movimientos cíclicos en los que se alternan dos pares de terminos conceptuales: crisis/bilateralismo y prosperidad/integración. Los dos terminos extremos del bilateralismo/integración —parecería que adquieren signos opuestos en épocas distintas. Mientras a principios de la década de los años cincuenta del presente siglo, para poner un ejemplo, la concertación de tratados bilaterales de libre comercio impulsó el emergente movimiento unionista “de nuevo cuño” (Fuentes Mohr, 1973, 56), el bilateralismo —o más propiamente lo que Dada ha llamado “una práctica bilateral”— ha venido constituyendo y obstaculizando en los años ochenta la normatividad multilateral aprobada en 1960. (Dada Irezi, H., 1983, 72).

Esta primera impresión surge, acaso, de la indiscriminada consideración de tales esfuerzos y del sentido mismo que éstos adquieren en diferentes momentos históricos. En los veinticinco intentos que contabiliza Karnes (Karnes, Th. 1982, 259), se entremezclan tanto los llamados tratados de “paz y amistad”, como los verdaderos intentos de reconstrucción de la República; tanto lo que Fuentes Mohr llamó “unionismo de signo pacifista” —y que relaciona con la época de la Corte de Justicia Centroamericana, y con el Pacto de Unión Centroamericana de 1921 —como lo que

* Salvadoreño, Coordinador Académico de la sede en Sn. José, C. Rica de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

denomina el “unionismo intervencionista” y que a su juicio prevaleció hasta 1907. (Fuentes Mohr, A. 1973).

En efecto, cabe siempre distinguir entre aquellos “convenios que revelan el fin de una disputa entre dos gobiernos, la intervención de un Estado en los asuntos del otro, o una alianza dirigida hacia el derrocamiento de un tercer gobierno” (Fuentes Mohr, A. 1973,16) y los intentos unionistas regionales. Los primeros, no obstante, han sido con frecuencia y con palabras de Marure “el único lazo que ha mantenido legalmente unidos a los Estados de Centroamérica después de la disolución del pacto federal” (Marure, A. 1956, 73).

De las anteriores elucubraciones hay dos elementos intimamente articulados que, a nuestro juicio, permanecen después de cualquier análisis metódico de tales esfuerzos integracionistas. El primero, esa casi obsesiva pasión histórica de los centroamericanos por la unión y que, muy subjetiva pero acertadamente, Karnes ha captado en muchas frases como las siguientes, entre otras: “La historia de Centroamérica es desalentadora, de acuerdo a lo que leemos a menudo, animada sólo por el irreprimible optimismo del pueblo centroamericano, que siente que su generación es la única que puede asegurar la altamente apreciada unidad que escapó a sus padres” o esa otra, “. . . Un fenómeno nació en 1842 en Chinandega, Nicaragua. Ha vivido una larga vida, hecha de años alternos de lasitud y brusca actividad, usualmente verbal, militar algunas veces. Está viejo y cansado ahora, pero aún no ha muerto. Este fenómeno es la peculiar motivación que ocasiona que los hombres de estado centroamericanos suspendan cualquier cosa que estén haciendo y se reúnan para una nueva proposición de confederar a sus gobiernos.” (Karnes, 1982, 15–139); el segundo, la clara relación entre la agudización del sentimiento anterior y los períodos de crisis.

La explicación de tales fenómenos descansa en aspectos objetivos que van más allá de las importantes diferencias que existen entre las formaciones sociales que integran la región y muchas veces de las intervenciones externas. Más allá, incluso, de la problemática que se origina en lo que —muy plásticamente— Pérez Brignoli ha llamado con una perspectiva geográfico-cultural, las “varias Centroaméricas”: la Indígena, unificada por una cultura material común y casi concentrada en Guatemala; la criolla y mestiza, ubicada en toda la vertiente del Pacífico, desde el sur de Guatemala hasta Costa Rica y, finalmente, la Centroamericana negra, extendida desde Belice hasta Costa Rica, en la que “las culturas negras vegetan y agonizan, extrañas a la historia y sujetan al poder y al desprecio de la Centroamérica criolla y mestiza, (. . .), hermana del Caribe afroamericano.” (Pérez Brignoli, H. 1985, 29/32).

Esoa objetivos están determinados por una serie de factores que en forma aguda ha trabajado recientemente Villagrán Kramer (Villagrán Kramer, Francisco, 1987) —espacio geopolítico, vecindad, factores ideológicos— y que combinados lo han llevado a una conclusión que explica, en gran medida, el posterior y para muchos inesperado hecho de Esquipulas II: “Es dentro de este contexto de ‘teorías y realidades’ que sucesivos gobiernos centroamericanos han reafirmado su visión regional y subregio-

nal. Concretamente han dado pasos significativos para preservar el 'esquema centroamericano' en lo económico, fiscal y monetario y, a la par, se han movido en terrenos políticos con prudencia y, en algunos casos, con audacia. Se ejemplifica con foros paralelos y en algunas ocasiones casi simultáneos, abordando en Managua asuntos de integración económica y monetaria, y en otras capitales reuniones políticas, ambas, a niveles ministeriales. Ampliaron marcos de sus relaciones económicas y políticas, fortaleciendo con ello la interrelación centroamericana, como lo evidencia el Tratado Conjunto —incluyendo a Panamá— con la Comunidad Europea (. . .) Lo expuesto pone de manifiesto que los países de la subregión no desean ni persiguen un curso separatista, sino de preservación del modelo integracionista. Nicaragua ha hecho, por su parte, grandes esfuerzos para compatibilizar sus intereses con los otros países y todos, en conjunto, tienen claro que este es el camino a seguir en el futuro inmediato. De otra manera no se explica el porque, pese a los problemas fronterizos, de incidentes armados, etc. no se han roto las relaciones diplomáticas entre ninguno de los países del área." En otras palabras una percepción geopolítica distinta a la expresada en la política de la administración Reagan.

El "Pacto de Unión Provisional" de 1889; el "Pacto de Amapala" de 1895 en el que se establecieron las bases de la "República Mayor de Centroamérica" y del posterior "Tratado de Unión Centroamericana" de 1907; el unionismo relacionado con la conferencia de 1907, con la Corte de Justicia y con las seis conferencias realizadas entre 1906 y 1914, roto por la intervención militar norteamericana en Nicaragua son, casi todos, resultado de acciones que responden a situaciones de crisis regionales de diferente intensidad.

Si bien en los años de post-guerra se inicia lo que se ha denominado "un movimiento unionista de nuevo cuño" (Fuentes Mohr, A., 1973) y en el que por la vía de la concertación de tratados bilaterales de libre comercio se desemboca en el Programa Multilateral y, posteriormente, en el Tratado General, este esfuerzo se articula a propósitos siempre presentes en los proyectos unionistas y de cooperación y que son visualizados más claramente por los centroamericanos en los momentos de crisis: la estabilidad política, el desarrollo económico y el convencimiento de la necesidad de agruparse regionalmente como mecanismo de mayor juego y autonomía en el ámbito internacional y en el de la viabilidad económica de cada una de las pequeñas economías de los países integrantes de la región.

Otro aspecto distinto, a tratar posteriormente, es el significado que pueden haber tenido los conceptos como el de estabilidad política, desarrollo económico, autonomía y viabilidad internacional en función de los intereses de clases y grupos dominantes, que configuraron los modelos económicos y políticos nacionales y regional y que se encuentran presentes, precisamente, en el origen de la actual crisis regional.

En resumidas cuentas, las categorías de desarrollo económico, de estabilidad política, de soberanía y autodeterminación siempre han estado asociadas al de integración desde las diferentes perspectivas ideológicas

presentes en el escenario centroamericano. La interrelación entre ellas quizá alcance mayor claridad en los proyectos desarrollados a partir de la década de los años cincuenta y expresados más concretamente por el entonces canciller de Guatemala Manuel Galich y el de El Salvador, Edmundo Canessa. (Ramírez, Dante y Fonseca, Gautama, s/f).

II

Aunque con diferentes connotaciones por las distintas posiciones doctrinarias o pragmáticas, si se quiere, la relación entre la integración de los países centroamericanos y las posibles vías de solución de la más profunda crisis experimentada ha vuelto a hacerse presente, particularmente en el último año y por sobre un vuelo de indiferencia que cubrió el proceso particularmente a partir de 1982.

Aún cuando puede registrarse en el marco de la Iniciativa de Contadora y más concretamente en el "Documento de Objetivos" adoptado en la IV Reunión Conjunta de Cancilleres de septiembre de 1983 (Documento de Objetivos, 1983) y en las "Normas para la ejecución de los compromisos asumidos en el documento de objetivos" (Normas, 3, 1984), esta presencia se hace mucho más sensible a partir de la Declaración de Esquipulas. (Declaración de Esquipulas, 1986). En esta dirección se puede clasificar la que corresponde al "Compromiso de Acapulco para la Paz, el desarrollo y la democracia", firmado por los ocho mandatarios latinoamericanos el pasado 29 de noviembre.

Rotos o agotados los paradigmas económico-políticos prevalecientes en la mayoría de países; desmontadas las anteriores formas de articulación externa; en medio de procesos de guerra civil que han incrementado los casos de pobreza crítica, generado los problemas de refugiados/desplazados, destrucción de la planta productiva, militarización de la sociedad civil; en el marco de una crisis económica en la que resultan los problemas de la deuda externa y los desastrosos resultados económicos y sociales de las políticas de estabilización; arrastrados, finalmente, a flujos comerciales que tienden a disminuir el papel del comercio intra-regional, resulta natural pensar que el carácter y el sentido que en el futuro deba adquirir la integración regional tendrán que ser distintos al pasado inmediato; de lo contrario, como ha señalado CEPAL, el proceso de integración será cada vez más un factor amplificador de la crisis, en vez de un instrumento para superarla. (CEPAL, 1983).

Sólo como una forma de ubicar nuestras reflexiones sobre el sentido y carácter de la integración, conviene revisar algunos aspectos generales característicos de la actual crisis, muchos de ellos explorados en trabajos anteriores (FLACSO, 1985, I entre otros).

Un primer aspecto característico observado en el proceso de la crisis está referido, precisamente, a las diferencias y similitudes del conjunto de países centroamericanos. Mientras los elementos políticos de la crisis han acentuado las diferencias, los elementos económicos de la misma han tendido a marcar aún más las segundas. Con importantes diferencias de grado, la problemática económica es similar y se expresa en comporta-

mientos del mismo signo en los principales indicadores macroeconómicos y sociales; las expectativas, pero claras y prometedoras, son las mismas y la lucha por hacer prevalecer paradigmas determinados han homogenizado fuerzas en la región. Más aún, es este tipo de problemática económica común la que —a nuestro juicio— ha impedido la caída del comercio intercentroamericano más allá de cierto nivel mínimo, aun usando formas propias del comercio de contrapartida (Menjívar, R. y López, R., 1986) o la que ha permitido negociaciones en las que han estado presentes todos los países, no obstante la fragilidad, en tales momentos, de las relaciones entre algunos de ellos o la insistencia de ciertas fuerzas en rupturas comerciales o de otro tipo.

Si lo anteriormente observado es correcto, ello implicará en una perspectiva regional considerar ambos aspectos y su articulación necesaria. Si en la anterior experiencia se ignoró, o se pretendió ignorar, los aspectos políticos y se dió por supuesta una falsa similitud entre los regímenes políticos prevalecientes, la recién experiencia indica la necesidad de alcanzar el desarrollo económico y social en un contexto pluralista que dé estabilidad y paz al área.

De la anterior observación se desprende una reconfirmación: Centroamérica constituye —como lo afirmaron los pioneros de la integración centroamericana en su última versión—, un subsistema dentro de la región latinoamericana. Su característica principal es la de estar compuesta por pequeños estados cuya única posibilidad de viabilidad nacional sólo puede aviosorarse en el marco de una profunda integración económica y de otros niveles de cooperación aún no transitados. Ello es una lección de la crisis actual.

Viabilidad y autonomía no son incompatibles en el mundo de hoy, se ha afirmado en un reciente trabajo. (FLACSO, IRELA, M. DE INF. DE COSTA RICA, 1985, 10). Tal aseveración nos lleva a observar —y este podría ser otro elemento característico de la crisis— que los procesos de cambio en Centroamérica coinciden con una coyuntura internacional en que los Estados Unidos de Norteamérica, principal y casi único autor internacional en el pasado inmediato, pierde su influencia y control tradicional a nivel mundial. Este hecho, junto a la perspectiva internacionalizada que adquiere la crisis centroamericana, dejará márgenes de juego autónomo mucho mayores a nivel mundial. Estos, los márgenes, pueden ser potenciados en beneficio de la diversificación productiva, comercial y diplomática, siempre que se logre una perspectiva regional en la elaboración de las estrategias de desarrollo.

Si en los modelos nacionales anteriores estuvo implícito, y muchas veces hecho explícito, el supuesto de que el crecimiento económico por sí mismo traería el desarrollo social, la tendencia a una distribución del ingreso menos concentrada y la democratización de las sociedades, la crisis centroamericana tiene en su origen la falsedad de tal hipótesis. La guerra civil que se desarrolla a partir de los años setenta en tres de los países de la región lleva en su seno el fracaso de tales modelos. Lo excluyente y concentrador de los mismos, como lo ha calificado CEPAL, llevaron a ascender las formas despóticas de poder para mantenerlos.

Recrudescidos por la crisis económica y política los datos relativos a los niveles de vida de la población muestran en mayor grado la ironía del “dinámico crecimiento logrado durante treinta años en un ambiente de estabilidad financiera y monetaria” (CEPAL, 1983): cincuenta y siete por ciento de centroamericanos en estado de pobreza; un ingreso per cápita que en algunos de los países ha retornado a los niveles prevalecientes hace veinte años y en el mejor de los casos, el de Costa Rica, al prevaleciente hace diez años; desempleo abierto que alcanzaba como promedio regional el 17.5% y un subempleo arriba del 47.4, alcanzando sus extremos en El Salvador con 30.0 y 55.0, respectivamente; un total, finalmente, para 1983 de 754,200 refugiados, sin incluir los ilegales, y de 568,000 desplazados en el interior de los mismos países. (FLACSO, 1986, 2).

Sin duda, el empobrecimiento no puede ser tomado como elemento que caracterice una crisis en particular. Este es un hecho propio de tal situación. Lo que si caracteriza la crisis centroamericana, por lo menos en comparación con otras regiones, es la gravedad y profundidad de los efectos de la crisis sobre la mayoría de su población y, por lo tanto, la inutilidad de todo intento de salida que no tenga como base una profunda transformación de estructuras políticas y sociales a niveles nacionales.

Aunque ello será desarrollado posteriormente y adquiera en las circunstancias visos prosaicos, no se puede dejar a esta altura de recapacitar en los “costos”, propiamente financieros, para poner en camino una salida en el marco de una estrategia regional. Una asociación civil con sede en Estados Unidos de Norteamérica, la Policy Alternatives for the Caribbean and Central America (PACCA), ha venido trabajando en un modelo econométrico sencillo en que relaciona las tasas de crecimiento económico regional con los montos de financiamiento requeridos —excluidos los gastos de reconstrucción— en dos escenarios alternativos simulados: uno en que continúan los conflictos militares de baja intensidad entre 1986 y 1992, y el otro en que se produce una desmilitarización negociada, comenzando en 1989, consolidada en 1990, con condiciones plenas de paz en 1991–92.

El crecimiento promedio para la región en conjunto entre 1986–92 sería de 3% a 4% anual por año, mientras el ingreso per cápita se recobraría en un 4% en todo el período, si se da el segundo escenario. Ambos indicadores se estiman en -2% (menos dos por ciento) y -4% (menos cuatro por ciento) en el primer escenario, es decir en uno de continuación de la guerra de baja intensidad.

El modelo establece dos estimaciones: una primera relativa al financiamiento externo requerido para encontrar un equilibrio en la balanza de pagos regional y una segunda que corresponde a los gastos en ayuda económica y los militares que implica el mantenimiento de la actual política norteamericana.

En el primer caso, es decir en un escenario de guerra, los gastos y ayudas requeridos por los Estados Unidos para continuar su política actual asciende a 15.4 miles de millones de dólares entre 1986 y 1992, o sea un poco más de dos millones de dólares en cada uno de los siete años. Estos dos mil millones de dólares anuales adicionales fueron estimados au-

mentando a las cifras de ayudas y gastos correspondientes a 1986 que se encontraban a un nivel de aproximadamente US\$1.1 un cifra similar estimada sobre la base de los datos incurridos en ejercicios militares en toda la región; mantenimiento de varios miles de soldados permanentemente en Honduras; construcción, mantenimiento de aeropuertos, bases y facilidades militares en el área y el entrenamiento de soldados salvadoreños, hondureños y de la "contra". Además de esta cifra de estimación de gastos de Estados Unidos en la guerra, está una cifra de US\$16.4 miles de millones que implica el mantenimiento del equilibrio de la balanza de pagos regional que corresponde a financiamiento externo.

En el segundo escenario, es decir en el de una solución negociada, PACCA incluye una estimación total de 18.3 miles de millones de financiamiento externo requeridos para lograr las tasas de crecimiento antes estimadas. Esta cifra sería el resultado de sumar a los 16.4 miles de millones antes señalados un monto de 1.9 miles de millones que corresponderían a las necesidades de financiamiento externo de Nicaragua en el período. Lo anterior sobre el correcto supuesto, como ellos mismos señalan, que un clima de paz significará un trato normal y la restauración de relaciones de ayuda. (Fagen, R. 1987).

La validez de esta segunda cifra, —US\$18.3 miles de millones— que es la que nos interesa, puede obtenerse por comparación con otras estimaciones. Recientemente el Secretario General de la OEA, señor Joao Baena Soares, inició un proceso que pudiera desembocar en una conferencia extraordinaria para el financiamiento de un plan de reconstrucción de Centroamérica y estimó su costo en 20 mil millones de dólares. La misma PACCA anota que la Comisión Kissinger estimuló en US\$24 mil millones la necesidad de asistencia multilateral entre 1984 y 1990 para alcanzar un crecimiento de 6% en 1990 y retornar a los estándares de vida de 1979. Tal estimación se basaba en el supuesto de terminar con los conflictos militares en los dos o tres años siguientes al informe y asumiendo, equivocadamente como mostró la realidad, que eran compatibles la recuperación y crecimiento económicos con la continuación de la guerra. Como ha señalado PACCA, "A más de medio camino hacia la fecha tope de 1990 del Informe Kissinger, ni el crecimiento económico ni su visión de la recuperación se han realizado. Mientras, el violento conflicto y los altos niveles de actividad militar persisten en Centroamérica, mientras el ingreso per cápita continúa declinando" (Fagen, R. 1987, 139).

La importancia de las cifras anteriores se hace evidente en el marco de la reciente propuesta del Secretario General de las Naciones Unidas y del Compromiso de Acapulco, ya antes señalado, y en el que se consigna el respaldo a "la puesta en marcha de un programa internacional de emergencia de cooperación económica para los países centroamericanos que comprenda medidas para la reconstrucción de sus economías" y entre cuyos lineamientos principales se encuentra el estímulo al comercio intraregional centroamericano, el acceso a sus mercados, el aporte financiero a organismos regionales y el apoyo a la revitalización del esquema de integración. (Compromiso de Acapulco, numeral 28).

III

Si en la parte anterior se ha hecho una ligera revisión de algunos aspectos característicos de la crisis, particularmente en lo que a los modelos nacionales se refiere, conviene observar la evolución del proceso integrativo centroamericano, particularmente a partir de 1980 y más concretamente de los años 1981-1982 en que la crisis financiera reproduce la problemática.

Si bien es cierto que el modelo integracionista venía haciendo crisis desde el segundo quinquenio de los años sesenta, es más cierto que el proceso nunca había tocado niveles tan bajos como en el seno de la crisis iniciada en los años ochenta. Un golpe de vista, previo a la lectura de cualquier indicador, basta para captar las modificaciones experimentadas en los más elementales fenómenos de lo que ha sido la cotidianeidad de la región.

Un viaje por tierra a lo largo del istmo, si se ha hecho en tiempos anteriores a la crisis, trae a la mente la descripción de las peripecias de viaje de Stephens ocurridas en 1839 a 1841 y toda la estrategia que desplegó para alcanzar los puntos de llegada. Ambas se encuentran sintetizadas en algunos acápites de los capítulos primero y segundo de su libro: "cada uno por sí mismo", "astucia de los viajeros", "peligros por el camino", "importantes negociaciones", "un pueblo desierto", "Lance con un arriero", "rudo asalto" y etcétera. (Stephens, J. L. 1971, tomo I). Si no son esas serán las de Baily, las de Martin o las de Munro pero, igual que sucede con los indicadores estadísticos que retornan a niveles de años anteriores, se tendrá la sensación de un viaje de retorno en el tiempo. Si la nacionalidad es salvadoreña. —aún siendo refugiado o más aún siéndolo— el Poema de Amor de Roque Daltón cobra plena vida, nuevamente.

La contracción del comercio intracentroamericano es el mejor y más usado indicador de lo que Juan Alberto Fuentes Knigth ha llamado "el deterioro del progreso silencioso de la integración" (Fuentes K., J. A., 1986, 2). En los inicios de la integración, en el año de 1960, los datos registran un valor de las exportaciones intracentroamericanas de US\$32.7 millones (Dada, H. 1983, cuadro 2.3); en un proceso sumamente dinámico, éstas alcanzan un valor de US\$286.3 millones en 1970, para pensar en 1980 a US\$1, 129.2 millones. En los años sucesivos —los de la crisis— se registra una drástica caída que llega a los US\$538.0 millones en 1985, nivel similar al alcanzado en 1976, una década atrás. (Fuentes K., J. A. 1986, 5 y SIECA, 1985).

Esto significa una caída de la participación de las exportaciones intracentroamericanas en el total de exportaciones de 23%, que fue el promedio en la década de los setenta, al 15% para el año de 1985 (Fuentes K. J. A, 1986, 4). Aunque la comparación no está formulada en el marco de una serie histórica, no puede dejar de asentarse que para 1825, de los cuatro millones que significaban las transacciones con el exterior —exportaciones, más importaciones—, un millón aproximadamente —25%— correspondía al comercio entre las provincias. (Fuentes Mohr, A., 1973, 8).

Por otro lado, el volumen de transacciones comerciales intracen-

troamericanas procesadas por medio de la Cámara de Compensación Centroamericana, disminuyó drásticamente a partir de 1981. De un índice de 114.3% para 1980, pasó a 100.7 en 1981, 80.9 en 1982 hasta llegar al 69.1% en 1985 (Fuentes K., J. A., 1986, 7). El caso extremo se registra en Nicaragua en que pasa de 95.5% a 31.8% en los años extremos.

La acumulación de los saldos no cancelados por tales conceptos ha dado origen a una importante deuda que para mediados del año de 1985 llegaba a una cifra neta de 516 millones de dólares y una acreeduría bruta de 661.4 millones de dólares. (Secretaría Ejecutiva del Conejo Monetario Centroamericano, 1985, 240).

Cómo señalaba Héctor Dada en 1983, cada vez en mayor grado una práctica bilateral venía sustituyendo a la normatividad multilateral aprobada en 1960. "El tratado General, señalaba, cumplió veinte años de vigencia en 1981 y fué prorrogada su vigencia formal, dado que nadie lo denunció, mientras atraviesa uno de sus peores momentos. (. . .) De nuevo son los organismos especializados, o los viceministros responsables de la interacción los que han mantenido alguna actividad, pero sin que se dibujen, hasta el momento de escribir este trabajo, soluciones concretas que pongan fin al deterioro institucional por el que pasa el proceso. Mientras tanto, diversos esfuerzos se realizan para "politizar" la integración, generando cláusulas excluyentes; si bien no han tenidos mayor vigencia, es innegable que este acoso externo es un factor nada despreciable que se agrega a las condiciones económicas desfavorables por las que pasa el Mercado Común (. . .) Puede decirse entonces que la institucionalidad de la integración vive dos graves problemas que se relacionan entre sí; por un lado, los fundamentos del Mercado Común son seriamente cuestionados por los acuerdos bilaterales, mientras los máximos organismos rectores del proceso no funcionan regularmente ni son capaces de encontrar respuestas a las dificultades existentes (Dada Irezi, H., 1983, 72/73).

Ello corresponde al aspecto estrictamente económico que, en gran parte, ha estado condicionado por el deterioro político de las relaciones intracentroamericanas, no sólo entre países muchas veces sino entre fuerzas y clases. Lo económico y lo político tienen que resolverse necesariamente en forma conjunta, pero es lo político la plataforma en tal camino. La dimensión regional de la crisis, por otro lado, como ha señalado Villagrán Kramer —no permite que esta se resuelva repitiendo la historia de 1907, 1923 y 1954.

IV

Hasta el 7 de agosto pasado, es decir antes de la firma del "Procedimiento para establecer la paz firme y duradera en Centroamérica", más conocido como Esquipulas II, la mayoría de analistas políticos coincidían al ubicar el desarrollo de los acontecimientos de la región en tres escenarios básicos posibles. Es necesario estudiar éstos, aun cuando sea de una manera general, ya que sólo en función de la salida global de la crisis es posible repensar

la problemática de la integración con sentido realista. Más concretamente, sólo con una salida política tiene sentido práctico tal proceso de reflexión.

El primer escenario correspondería a uno de resolución de la crisis por vía de una negociación política. Rojas Aravena y Solís Rivera, quienes trabajaban sobre el tema en marzo de 1986, lo visualizaban como uno en el que América Latina en su conjunto asumía la responsabilidad de la solución mediante una negociación directa de la crisis, tomando como un importante antecedente para perfilar el tipo de negociación en el de los tratados "Torrijos-Carter". Naturalmente pensaban en el marco de la Iniciativa de Contadora y daban a este escenario el de "Latinoamericanización de la crisis centroamericana". (Rojas Aravena, F. y Solís Rivera, G. 1986, 135).

Es similar a esta posición una posterior de Gabriel Aguilera que califica a un escenario similar como "solución política negociada del conflicto" y en que establece tres tipos de negociación corriendo simultáneamente en la región. El primero, el de la negociación interestatal múltiple, en las que incluye las de Contadora, Caraballeda y Esquipulas; un segundo, de negociación interestatal bilateral, tipo Manzanillo y un tercero, de negociación interna, entre gobierno e insurgentes y que tendría como modelos lo que llama, para el caso de El Salvador, "modelo Zimbawe" presente en la posición del FMLN-FDR y el tipo "Colombia" exigido por el gobierno del presidente Duarte. (Aguilera, G., 1987, 24).

Las mismas características asumiría el escenario que Villagrán Kramer denomina opciones centroamericanas: una salida negociada en el marco del Plan Arias, con el apoyo de Contadora y la Comunidad Económica Europea.

Un segundo escenario es el que Rojas A. y Solís llaman el de "imposición hegemónica", que implicaría "una acción militar directa y unilateral de los EEUU, o bien una acción militar (multi o unilateral) inducida por la potencia hegemónica. Este escenario es coincidente con los que Aguilera y Villagrán denominan de "agudización del conflicto" y "opción militar directa", respectivamente.

Todos ellos coincidían, posición que compartíamos, en que estos escenarios resultaban improbables, aunque —como se ha señalado— posibles. Rojas y Solís han argumentado de manera convincente sobre tal improbabilidad y sale fuera de nuestro tema hacerlo, por lo que remitimos a sus importantes trabajos.

En tales circunstancias aparecía un tercer escenario, no necesariamente excluyente de los otros: un escenario de continuidad e irresolución de la crisis, como lo denominaron los dos autores inmediatamente citados anteriormente. A ello llamó Aguilera un escenario de "prolongación del conflicto" de parte de EEUU, particularmente en relación a Nicaragua.

En el marco de estas expectativas poco halagüeñas aparece el Plan Arias presentado el 15 de febrero de 1987, que arrancado a las iniciativas anteriores y particularmente de la de Contadora, refleja los factores que fueron afectando todo el proceso de negociación durante el año de 1986 y aporta nuevos elementos (IRELA, 1987).

A un poco más de noventa días de la firma de Esquipulas II, lapso establecido para su cumplimiento público y simultáneo lo importante es que se ha roto la inercia del tercer escenario y se han dado los pasos para configurar el escenario primero en condiciones en que la iniciativa de negociación ha sido tomada por centroamérica, con el importante respaldo de los países integrantes de la iniciativa y del grupo de apoyo y de otros actores políticos. El Plan, como ha estimado Rojas Aravena recientemente, cambió la dinámica de la crisis regional. (Rojas Aravena, F. 1987).

Sólo citaremos una evaluación a noventa días que compartimos: "Si se entiende Esquipulas II como un proceso, entonces la conclusión es que este primer plazo ha cumplido a satisfacción del papel de plataforma de lanzamiento de Esquipulas II. Cualquier recuento, cronológico o no, de los pasos dados, los fenómenos provocados, los valores introducidos en el contexto regional confirman sobradamente esta apreciación. Ciertamente, el hecho de que se haya establecido la base de partida no garantiza todavía el éxito definitivo del plan de paz. Aun existen algunos retos de consideración. Uno de ellos es precisamente la gran actividad desplegada en este período. Porque en unos meses más, cuando no haya más organismos que crear, los asuntos más sencillos o que necesiten de una sola acción esten resueltos o en avanzado grado de cumplimiento, lo que quedará por delante es el no siempre cómodo proceso de verificación y la necesidad de atacar los problemas más delicados. En este sentido, una previsión hecha en términos de probabilidad, mostraría que existen pocas probabilidades de una crisis inmediata en la región que destruya a Esquipulas II, pero si puede iniciarse una dinámica que espere la tentación de desplazar los problemas difíciles para más adelante, en un proceso *sine die*, desdibujado con ello la característica fundamental de Esquipulas, que —también frente a Contadora— consiste en fijarse objetivos y plazos para cumplirlos."

V

La anterior revisión de escenarios posibles tenía un objetivo: mostrar las perspectivas o expectativas de una salida política de la crisis regional, en la medida en que sólo en tal escenario es posible trabajar en la reconstrucción de las sociedades nacionales y sólo en él es igualmente posible pensar seriamente en la reconstrucción de la comunidad centroamericana. Esta no es una mera elucubración. El Plan Kissinger, como se señaló anteriormente, es la mayor prueba de lo absurdo de querer reconstruir, obtener crecimiento y sobre ello querer también sistemas democráticos a la par de impulsar la guerra.

En tales circunstancias, no es raro entonces que el tema de la integración haya sido tocado en las diferentes iniciativas de paz y que la idea vuelva a adquirir mayor fuerza a partir de la nueva dinámica despertada por Esquipulas II. Veamos, entonces, los términos en que la misma ha sido contemplada en los principales documentos para luego pasar a revisar su papel en los modelos económicos planteados en la región.

En el marco de Contadora hay dos documentos que tocan concretamente el tema de la integración centroamericana. El primero, el "Documento de Objetivos", adoptado en la IV reunión conjunta de Cancilleres de los países centroamericanos y del Grupo de Contadora celebrada en Panamá en septiembre de 1983. El segundo, las "Normas para la ejecución de los compromisos asumidos en el documento de objetivos", suscrito por los gobiernos centroamericanos en Panamá el 8 de enero de 1944. En ellos se toman medidas condecenas a ampliar el comercio intra y extra regional, gestionar recursos externos en forma conjunta para revitalizar los procesos, impulso de proyectos de inversión conjunta, enfrentamiento de los programas de ayuda a refugiados, entre otros.

La declaración de Esquipulas, del 25 de mayo de 1986, recoge todos los planteamientos en su numeral quinto y que se citará textualmente en la medida en que a partir de tal momento se impulsa, a nuestro juicio, las actividades integracionistas de la fase actual: "Declaran: 5. La voluntad de revisar, actualizar y dinamizar los procesos de integración económica y social del área, para el mejor aprovechamiento del potencial de desarrollo en beneficio de sus pueblos y para mejor enfrentar las serias dificultades de la crisis que les aqueja. Asimismo, la intención de promover e impulsar posiciones conjuntas del área frente a los problemas económicos comunes como la deuda externa, el deterioro de los términos de intercambio y la transferencia de tecnologías apropiadas a las necesidades del área. De igual forma, la decisión de reforzar institucional y financieramente a los organismos de integración de Centroamérica al igual que propiciar acuerdos y acciones de tipo regional que otorguen a estas instituciones y a la región en su conjunto un trato acorde a sus necesidades y particularidades." (IRELA, 1987, 36).

En el numeral 10 del "Procedimiento para establecer la paz firme y duradera en Centroamérica", Esquipulas II, se establece: "En el clima de libertad que garantiza la democracia, los países de América Central adoptarán los acuerdos económicos y culturales que permitan acelerar el desarrollo, para alcanzar sociedades más igualitarias y libres de la miseria." (IRELA, 1987, 41).

VI

Ese es el marco general que traza la voluntad política de reactivar el proceso de integración y sus objetivos últimos. Conviene entrar ahora a un rápido análisis de los modelos alternativos de integración presentes en la escena centroamericana. Estos responden necesariamente a concepciones sobre el modelo de desarrollo futuro de los países y la región, algunas de las cuales reciben desde ya un decidido apoyo de organismos internacionales, particularmente de financiamiento.

Si el problema de los modelos alternativos de desarrollo económico se plantea como una cuestión eminentemente teórica, bien podría decirse que cuando menos habría tres de ellos disputándose la razón en los diferentes países de la región. Podría darse una arbitraria denominación a partir de sus respectivos énfasis: modelo de sustitución de exportaciones

o, como otros le llaman, modelo de promoción de exportaciones no tradicionales; un segundo, el de retorno, con los ajustes necesarios, al modelo de sustitución de importaciones con la industria reformulada y la integración como ejes de acumulación y, finalmente, un modelo de desarrollo que tenga como referencia central la satisfacción de las necesidades básicas de la mayoría de las grandes masas de población. Ello involucra transformaciones sociales profundas, comenzando por una pronunciada distribución progresiva del ingreso. En ello es importante, por tanto la suficiencia alimentaria.

El segundo modelo nos parece que se refleja cercanamente en las propuestas cepalinas al detallar los "requisitos de un estilo de desarrollo adecuado a las nuevas circunstancias" en su trabajo sobre la crisis centroamericana. (CEPAL, 1983).

En la práctica pueden verse en funcionamiento dos de ellos. El último, que articulado con la economía mixta y el no alineamiento es el impulsado por Nicaragua, obstaculizado seriamente por el boicot económico al que ha sido sometida y por la necesidad de dedicar grandes porcentajes de su producto a la defensa.

El otro que va implantándose sin que muchos, por su preocupación en la administración de la crisis, lo noten es el primero, el del fomento de las exportaciones no tradicionales. Estudiando la escena es visible que este proyecto es impulsado conscientemente por el Fondo Monetario Internacional, con sus medidas de estabilización y ajuste, por la Agencia Internacional para el desarrollo, del gobierno norteamericano, que impulsa financieramente grupos de industriales ligados a la exportación de productos no tradicionales, y en parte por BID. Puede decirse, igualmente, que es parte articulante del esquema que el Informe Kissinger ha trazado para Centroamérica.

Las medidas estabilizadoras impulsadas podrían resumirse en:

1. Apertura externa.
2. Estímulo a las exportaciones pero sin subsidios, suficiente apoyo estatal y originado principalmente en las tasas de cambio.
3. Mecanismos de mercado para alcanzar las ventajas comparativas.
4. Reducción del papel del Estado.
5. Políticas internas contractivas: restricción monetarias, reducción del gasto fiscal, baja de salarios reales. Todas ellas con el fin de ajustar el excesivo nivel de gasto con respecto al producto.

Tres tipos de acciones concretas se han implicado en Centroamérica con el fin de impulsar la introducción de programas de ajuste estructural: El programa de ajuste estructural impulsado por el Banco Mundial, particularmente en Costa Rica -SAL-, el Servicio Ampliado del Fondo Monetario Internacional -SAF-, en Costa Rica y Honduras y los préstamos otorgados por la asistencia económica de Estados Unidos. A ello habría de agregarse el fuerte peso de algunos de los países de la Iniciativa de la Cuenca del Caribe.

Estas políticas estabilizadoras, como ha señalado Vuskovic, no resultaron *neutrales* respecto a los problemas estructurales; por el contrario, su funcionamiento involucraba la agudización extrema de ellos, tanto más cuanto más recesivo resultara ser el marco global en el que buscaban resolver los déficit financieros. (Vuskovic, P., 1984).

VII

Con diferentes propósitos, pero teniendo como fondo los modelos u opiniones para el tratamiento de la crisis global de la integración y tomando en cuenta las estrategias para la reactivación del proceso, un reciente e importante trabajo ha identificado cinco modelos básicos: 1. de Economía Exportadora; 2. de industrialización sustitutiva; 3. de reactivación global; 4. de reactivación selectiva y 5. de reactivación ampliada. (ICAP, 1987).

El primero, el modelo de economía exportadora, presenta según el mencionado informe los siguientes énfasis: comercio externo, promoción de exportaciones, promoción de inversiones orientadas a la exportación, fomento de las relaciones económicas internacionales, adecuación del aparato productivo a la demanda externa y, finalmente, promoción de la agroindustria e industria de reexportación. (ICAP, 1987, 52).

El segundo, el modelo de industrialización sustitutiva, tendría las siguientes características: industria prioritaria frente al fomento de las exportaciones; reactivación de las corrientes tradicionales de comercio intraregional; disminución de la dependencia del mercado externo sustitución de importaciones y exportaciones son componentes de la política industrial regional, enfatizándose las primeras. (ICAP, 1987, 53).

El modelo llamado de reactivación ampliada, enunciado anteriormente como quinto, nos parece que integraría elementos de los dos anteriores. Estos elementos centrales son: promoción de exportaciones no tradicionales y tradicionales; promoción de inversiones; protección crediticia y fiscal; tamaño y responsabilidad del sector Público; fortalecimiento de las instituciones de la integración; acciones de organización empresarial e incorporación del sector social en el proceso de reactivación. (ICAO, 59). Las tesis centrales del modelo se encuentran planteadas en un trabajo anterior realizado por BID/INTAL, al cual remitimos por su importancia. (Castillo, C. M. 1986).

Los dos restantes, más que modelos u opciones de integración nos parecen líneas centrales distintas de estrategia de reactivación de la integración. El llamado modelo de reactivación selectiva es una forma de reactivar el proceso comenzando por las "actividades menos críticas y conflictivas en términos de que a pesar de las dificultades del proceso, se aprecia un consenso sobre ciertos objetivos y actividades en las que los gobiernos han concretado iniciativas y esfuerzos". Estas áreas de consenso están referidas, como se detalla en el trabajo, a la promoción de exportaciones mediante políticas comunes de comercio externo, al impulso de las relaciones y de la cooperación económica internacional, a la urgente necesidad de adecuar el aparato productivo empresarial, a la aplicación

del Régimen Arancelario y Aduanero y a la normalización de los foros regionales. (ICAP, 1983, 59).

El llamado modelo de reactivación global inicia el proceso de reactivación cubriendo un sector más amplio de áreas y que tiene las siguientes orientaciones centrales: reactivación del intercambio intrazonal, dinamización del sector externo, ampliar el proceso de integración como base de sustentación del crecimiento hacia afuera, además del interno; consolidación de las estructuras productivas de los países hacia el mercado regional; acciones de corto plazo para hacer funcionar la planta instalada; acción de largo plazo para reestructurar el mercado común. (ICAP, 1987, 54). Los planteamientos centrales pueden verse desarrollados por la propia SIECA en sus cuadernos. (SIECA, 1986). Posteriormente retornaremos a algunos detalles de esta estrategia.

VIII

Como ha señalado CEPAL, sería absurdo pensar que alguna posibilidad de desarrollo centroamericano —independientemente del estilo de desarrollo que cada país elija—, al margen de las corrientes del comercio internacional; pero sería igualmente erróneo cifrar todas las esperanzas de la región de una estrategia de desarrollo orientada hacia mercados externos cuya evolución depende de muchos factores imponderables. (CEPAL, 1983).

Aun cuando ambas posiciones son correctas, de ellas no puede inferirse, como algunos parecen pensar, que basta con lograr el medio para encontrar el modelo de desarrollo más conveniente. El problema no es de promedios o proporciones; es de énfasis o ejes.

Las recetas del pasado han demostrado ser inoperantes y/o de carácter perverso; se trata, en consecuencia, de pensar en nuevas estrategias integracionistas que combinen, dialécticamente, la utopía con las condiciones materiales e inmateriales de su viabilidad. En otras palabras, se trata de ser creativos sin ser meramente voluntaristas y de integrar la eficacia y la eficiencia económica con legitimidad democrática.

En este sentido, el propósito de las reflexiones hechas es iniciar más abiertamente la discusión de los modelos alternativos presentes en la región y enunciados anteriormente aprovechando el trabajo de ICAP. Todos los elementos teóricos, estratégicos y organizativos allí recogidos y propuestos permiten esa discusión en busca del modelo de integración alternativo.

Es difícil por las condiciones indefinidas de la crisis internacional y regional definir con precisión todos los elementos de la estrategia integrativa. Pero hay una serie de principios que pueden recogerse como marco de tal de discusión, comenzando por la serie de requisitos para una política de reactivación que ha venido planteando CEPAL, entre las que cabe destacar: la necesidad de una buena dosis de pragmatismo ante la incertidumbre internacional; la austeridad, la selectividad y la eficacia. El pragmatismo debería estar muy presente sobre todo para valorar las presiones hacia el bilateralismo presentes en el modelo de exportaciones no tradicio-

nales ultranza, en el que, además, parece olvidarse toda la problemática de las economías abiertas y pequeñas.

Una primera reflexión puede hacerse a partir del hecho que muestra que en la reciente experiencia integrativa se ignoró, o se pretendió ignorar los aspectos políticos del proceso y se dió por supuesta una falsa similitud entre los regímenes políticos prevalecientes. La reciente experiencia indica la necesidad de alcanzar el desarrollo económico y social en un contexto pluralista que de estabilidad y paz al área.

Esta preocupación ha sido recogida también por Guerra Borges, quien ha señalado que "las perspectivas impuestas por la naturaleza de las cosas plantean la cuestión de la heterogeneidad, no en términos de integración económica, sino en un plano distinto: como la relación entre coexistencia y heterogeneidad. El respeto a la heterogeneidad implica el compromiso de la coexistencia. Y ambas asociadas son las condiciones básicas para reencauzar el proceso de integración y elegir las modalidades de vinculación y cooperación que se juzquen más apropiadas". (Guerra Borges, A. 1987, 65).

Desde el plano propiamente económico ello significa igualmente la equiparación o balance que muchas veces a señalado Gert Rosenthal, entre los intereses nacionales y los regionales. (Rosenthal, G. s. f., 9).

Un primer principio, es que cualquier nueva estrategia a adoptar en los países centroamericanos debe tener una fuerte sustentación en la integración. Lo anterior no sólo por las razones político-económicas antes señaladas, sino porque, como se ha señalado recientemente, "los antecedentes disponibles indican que el mercado mundial difícilmente se constituirá en un factor dinámico en los próximos años (...) lo que implica que los países latinoamericanos deben replantearse la necesidad de sustentar sus esfuerzos en la dinamización de su comercio recíproco" (CEPAL, 1987, 80).

Se desea insistir en una afirmación hecha a lo largo de trabajo: viabilidad y autonomía no son incompatibles en el mundo de hoy, tal como lo ha mostrado la actual crisis centroamericana en la que se ha desarrollado un escenario internacional en el que caben márgenes de juego autónomo que pueden —mejor dicho deben— ser potenciados en beneficio de la diversificación productiva, comercial y diplomática. Ello igualmente, sólo es posible con una perspectiva y una estrategia regionales.

Los otros principios centrales que pasamos a recoger, forman parte de las reflexiones del trabajo de la ICAP.*

El proceso de integración económica centroamericana se conceptúa como estratégico para el desarrollo económico y social de la región, con una trascendencia que abarca no sólo el corto plazo sino también las espectativas de desarrollo futuro.

En los actuales momentos, dicho proceso constituye un sustantivo instrumento promotor de la paz y la estabilidad, que debe preservarse y fortalecerse aprovechando las potencialidades de la acción conjunta hacia lo interno y externo de la región.

Se hace necesario consolidar y reorientar los instrumentos de la integración, no sólo en función del mercado regional, sino también para el mejor aprovechamiento de los mercados externos y mejorar su forma de inserción en la economía internacional.

La integración económica debe orientarse en la actual etapa a fortalecer y hacer más complementarias las economías de los países centroamericanos en el entendido de que, además, no constituye sino complementa los esfuerzos para el desarrollo que realizan los países a nivel nacional.

En cuanto a la cuestión de como integrarse, recogemos el planteamiento de Guerra Borges que establece que debe ser mediante: "... la gradual conformación de un nuevo esquema de vinculación de las economías centroamericanas, concepto más rico de contenido que el de Mercado Común u otros de uso difundido hasta la fecha. En efecto, hacia donde nos parece que se encamina Centroamérica es hacia modalidades de vinculación económica que no necesariamente deben tener la forma de una unión aduanera o de un mercado común." (Guerra Borges, A. 1987, 64).

Cabe, finalmente, iniciar un amplio debate de las acciones y propuestas hechas por SIECA* en el documento sobre "La reactivación del Mercado Común Centroamericano", como forma de buscar la mejor estrategia conjunta que trascienda el corto plazo y las expectativas constreñidas a las políticas de estabilización y a la simple administración de la crisis.

A partir de Esquipulas II, puede estar más cerca la solución de la crisis y una nueva perspectiva integrativa en los términos en que hace algunos años lo plateara el mismo Guerra Borges: "De algo se puede estar seguro: si el porvenir del proceso dependiera de la superación de las causas endógenas de la crisis y de las decisiones libremente tomadas por los centroamericanos, no habrá *requiem* para la integración".

BIBLIOGRAFIA

- Aguilera, G. *Centroamérica la crisis sin fin*. En Revista de Ciencias Sociales, No. 36, Costa Rica, Junio de 1987.
- Castillo, C. M. *La integración económica de Centroamérica en la siguiente etapa: problemas y oportunidades*, mimeo, marzo de 1986.
- CEPAL. *La crisis en Centroamérica, orígenes, alcances y consecuencias*. Revista de CEPAL 22, Chile, Mayo 1983.
- CEPAL. *Centroamérica: bases de una política de reactivación y desarrollo*. México, de 1985.
- CEPAL. *Integración e industrialización en América Latina: más allá del ajuste*. Cuadernos de Ciencias Sociales de FLACSO, No. 6. Costa Rica, 1987.
- Dada Hirezi, H. *El proceso de integración centroamericana y su estado actual*. México, Septiembre de 1983 (mimeo).
- Fagen, R. *Forging Peace. The Challenge of Central America*. USA, 1987.
- FLACSO-IRELA-Ministerio de Información de Costa Rica. *Nuevas formas de cooperación Europa Centroamérica*. 1985.
- FLACSO-CSUCA-UPAZ, *Informe Blanco*, Costa Rica, 8 de noviembre de 1987.

* Secretaria de integración económica centroamericana.

- Fuentes Mohr, A. *La creación de un Mercado Común. Apuntes históricos sobre la experiencia de Centroamérica*. BID-INTAL. Buenos Aires, 1973.
- Fuentes Knigth, J. A. *La Integración Económica Centroamericana. Nuevas perspectivas a partir de la turbulencia*. Cuadernos de Investigación No. 1, Universidad de Guatemala, Septiembre de 1986.
- Gallardo, M. E. y López, J. R. *Centroamérica. La crisis en cifras*. IICA-FLACSO, Costa Rica, Agosto 1986.
- Gálvez Borrell, V. *Contadora: el desafío de la Paz en Centroamérica*. CEDEP, Guatemala, Marzo 1987.
- Guerra-Borges, A. *Hechos, experiencias y opciones de la integración económica centroamericana*. Cuadernos de Ciencias Sociales de FLACSO, Costa Rica, 1987.
- ICAP. *Bases para la reestructuración institucional de la Secretaría Permanente del Tratado General de Integración Económica Centroamericana (SIECA)*. Costa Rica, Junio de 1987.
- IRELA. *El Plan Arias: ¿Una salida para el proceso de paz centroamericano?* Madrid, mayo de 1987.
- Karnes, Th. *Los fracasos de la unión*. ICAP, Costa Rica, Febrero 1982.
- Marure, A. *Efemérides. Hechos notables acaecidos en la República de Centroamérica desde el año de 1821 hasta el de 1842*. Ministerio de Educación. Guatemala, 1956.
- Menjívar, R. y López, J. R. *Intercambio compensado y crisis del comercio regional*. FLACSO, Abril de 1986.
- Pérez Brignoli, H. *Breve Historia de Centroamérica*. Madrid, 1985.
- Ramírez, D. y Fonseca, G. *Organización de Estados Centroamericanos*. Manuscrito publicado posteriormente en Fonseca, G. *Integración Centroamericana*. Tegucigalpa, 1987.
- Rojas A., F. y Solís R., L. G. *Relaciones internacionales con Centroamérica*. ICADIS, Costa Rica, marzo de 1986.
- Rosenthal, Gert. *Algunas reflexiones sobre el proceso de integración económica centroamericana*. Revista de la Integración Centroamericana No. 26, Honduras. SIECA *La reactivación del Mercado Común*, Cuadernos de la SIECA No. 14. Guatemala, octubre de 1986.
- SIECA *La complementación industrial en Centroamérica*. Guatemala, Agosto de 1986.
- Villagrán Kramer, F. *Política y geopolítica en Centroamérica. Un punto de vista ístmico*. Cuadernos de Investigación No. 4, Universidad de Guatemala, Abril 1987.